manera horrorosa. Aquella pena de amor la trasformó como un desastre ante el que desaparecía todo lo demás. A media voz se la oyó decir con un tono de compasión infinita:

—Calmaos, querida, calmaos... Os lo suplico, amiga mía, sed razonable.

Y luego, cuando la Pierina, sobrecogida al verse consolada así, lloró con más fuerza hasta el extremo de llamar la atención, Celia la levantó sosteniéndola en sus brazos, temiendo que no rodase por el suelo. La acompañó con fraternal abrazo, lo mismo que una hermana de ternura y de dolor, y la hizo salir de la sala prodigándola los más dulces consuelos.

—Seguidlas y enteraos de lo que las sucede,—dijo Victorina á Pedro,—porque yo no quiero moverme de aquí, pues me tranquiliza el velar á esos queridos hijos.

En el altar improvisado otro sacerdote, un capuchino, comenzaba una misa, oyéndose de nuevo la sorda salmodia latina, mientras que desde la sala inmediata llegaba hasta allí el toque de la campanilla para alzar entre el murmullo de la misa de al lado. El perfume de las flores iba en aumento, se hacía más pesado, con una caricia de vértigo en medio del aire inmóvil y pesado de la vasta sala. En el fondo, los criados permanecían inmóviles lo mismo que si se tratase de una recepción de gala, y delante de la cama imperial, á cuyos lados ardían los dos cirios semejantes á dos estrellitas, continuaba el desfile silencioso del duelo, mujeres y hombres que se detenían conmovidos durante un momento, y después se alejaban llevando la inolvidable visión de los dos amantes trágicos que dormían el eterno sueño.

Pedro se reunió con Celia y Pierina en la antecámara noble en la que se hallaba *don* Vigilio. A un rincón habían llevado algunos sillones que estorbaban en la sala del trono y la princesita obligó á la obrera á que se sentase en uno de ellos para que se serenase un poco. Estaba en éxtasis delante de ella, asombrada al verla tan hermosa, más hermosa que todas, como decía ella. Después la habló de los queridos muertos que la habían parecido también tan hermosos con una belleza soberbia y dulce, extraordinaria. Se quedó transportada de admiración en

medio de sus lágrimas. Haciendo hablar á Pierina averiguó Pedro que Tito, su hermano, se hallaba en el hospital en peligro de muerte á consecuencia de haber recibido en un costado una puñalada tremenda; que la miseria había aumentado de una manera horrorosa en los Prados del Castillo desde que empezó el invierno. No había más que penas para todos, y aquellos á quienes se llevaba la muerte, debían alegrarse. Celia, con un gesto de invencible esperanza apartó el sufrimiento y hasta á la misma muerte.

—¡No! ¡No! Es preciso vivir... y querida mía, basta ser hermosa para vivir... Vamos, amiga mía, no os quedéis aquí, no lloréis más, vivid para la alegría de ser hermosa.

Y se la llevó, quedándose Pedro sentado en uno de los sillones dominado por una tristeza cansada que habría querido no moverse. *Don* Vigilio, en pie, seguía saludando con una reverencia á cuantos entraban. Durante la noche había tenido un acceso de calentura y aun tiritaba actualmente, y con los ojos ardientes é inquietos, dirigía á Pedro continuas miradas como si le consumiese el deseo de hablarle, pero le dominaba el temor de que le viese el abate Paparelli por la puerta abierta de par en par de la habitación inmediata y eso combatía sin duda el deseo, porque no dejaba de acechar al caudatario. Este tuvo al fin que ausentarse durante un momento y *don* Vigilio se acercó al presbítero.

—Ayer visteis á Su Santidad,—le dijo.

Quedóse Pedro estupefacto y le miró.

—¡Oh! Todo se sabe, ya os lo dije... ¿y qué hicisteis? ¿Retirasteis pura y simplemente vuestro libro, no es así?

El estupor creciente de su interlocutor le sirvió de contestación porque sin darle tiempo para responder, añadió:

—Me lo figuraba, pero quería tener la certidumbre... ¡Ah! ¡Cómo se ve que todo eso es obra suya! ¿Me queréis creer ahora y os convenceréis de que aquéllos á los que no envenenan los ahogan?

Debía querer referirse á los jesuítas y con mucha prudencia alargó la cabeza y se aseguró de que el abate Paparelli no estaba aún de vuelta.

—¿Y qué acaba de deciros monseñor Nani?

—Dispensadme,—dijo al cabo Pedro,—no he visto aún á monseñor Nani.

—¡Ah! Se me había figurado... pasó por esta sala antes de que llegaseis... Si es que no le visteis en la sala del trono, será porque habrá ido á visitar á su eminencia y á *donna* Serafina para saludarlos. Seguramente volverá á pasar por aquí y tendréis ocasión de verle.

Después, con su amargura de sér débil, siempre aterrorizado y vencido, añadió:

—Ya os predije que acabaríais por hacer cuanto él quisiese.

Pero se le figuró oir el ligero paso del abate Paparelli y volviendo con mucha ligereza á su sitio, hizo una reverencia á dos señoras ancianas que salían, mientras que Pedro se quedó sentado, aniquilado, con los ojos medio cerrados hasta que, por último, vió erguirse la figura de monseñor Nani en su realidad de inteligencia y de diplomacia soberanas. Se acordó de cuanto le había dicho *don* Vigilio durante la famosa noche de las confidencias acerca de aquel hombre de tanto talento, y lo bastante habil para no ponerse un traje impopular, prelado inteligentísimo además, que conocía perfectamente la sociedad, gracias á sus funciones en las nunciaturas y en el Santo Oficio, mezclado en todo, enterado de cuanto sucedía. Era por esto una de las cabezas, uno de los cerebros del moderno ejército negro cuyo oportunismo quiere atraer el siglo para la Iglesia. Y bruscamente la luz total se hizo en él y comprendió por medio de qué táctica habil y admirable aquel hombre le había obligado á llevar á cabo aquel acto, que deseaba obtener de su libre voluntad aparente; la retirada pura y simple de su libro. Esto fué al principio una contrariedad muy viva al enterarse de la noticia de que perseguían la obra; una inquietud repentina de que el autor exaltado no se lanzase á alguna enojosa rebelión, y fué más tarde el plan determinado, los informes tomados acerca del joven presbítero capaz de ir hasta el cisma, la invitación que le habían hecho para que fuese á hospedarse á aquel antiguo palacio cuyos muros iban á helarle y á instruirle. Más tarde fueron los obstáculos sin cesar renovados, la manera de hacerle prolongar su permanencia impidiéndole ver al papa, prometiéndole obtener la audiencia tan

deseada cuando llegase la hora oportuna, después de haberle paseado por todas partes y hecho tropezar con todo, haciéndole ir de monseñor Fornaro al padre Dangelio, del cardenal Sarno al cardenal Sanguinetti. Fué, por fin, en el momento en que le vieron quebrantado por las cosas y por los hombres, muy descorazonado, dominado por la duda, cuando le concedieron esa audiencia para la que le estaban preparando desde hacía tres meses y cuando hizo esa visita al papa en la que debía acabar de perecer su ensueño. Veía ahora á monseñor Nani con su sonrisa irónica, sus ojos claros de político sabio, que se entretenía haciendo una experiencia, y le oía repetir con su voz ligeramente burlona que sería una verdadera gracia de la Providencia el que esos retrasos le permitieran visitar detenidamente á Roma, reflexionar, comprender y adquirir una instrucción, una educación que le librasen de cometer muchas faltas. ¡Y él, que llegó allí con entusiasmos de apóstol, ardiendo en deseos de combatir y jurando que jamás retiraría su libro! ¿No era ésta la más delicada de las diplomacias y la prueba más profunda de haber quebrantado así su sentimiento con la razón, haciendo un llamamiento á su inteligencia para que ésta lo suprimiese como un acto salido de sí mismo y sin lucha escandalosa, como á obra inútil y falsa, en cuanto esa inteligencia se diese cuenta, ante la Roma real y verdadera, del ridículo enorme que había en soñar con una Roma nueva?

En aquel instante vió Pedro á monseñor Nani que salía de la sala del trono, y no experimentó el sentimiento de irritación ni de rencor que esperaba. Al contrario, se puso contento cuando el prelado, habiéndole visto á su vez, se acercó y le tendió la mano; pero no sonreía como de costumbre al hacerlo, sino que tenía un aire muy grave y parecía dolorosamente impresionado.

—¡Ah! ¡Qué espantosa catástrofe, mi querido hijo! Salgo del cuarto de su eminencia y está llorando... ¡Esto es horroso! ¡Horroroso!

Se sentó en uno de los sillones invitando al presbítero que hiciese lo mismo á su lado, y durante un momento permaneció silencioso, rendido á la cuenta por la emoción y necesitado de algunos momentos de reposo bajo el peso de las reflexiones que ensombrecían visiblemente su ros-

tro sereno. Después hizo un gesto como si quisiese apartar aquella sombra y recobró su acostumbrada amabilidad.

—¡Y bien! ¿Vísteis, hijo mío, á Su Santidad?

—Sí, monseñor, y os agradezco en el alma la gran bondad de que disteis pruebas al prestaros á satisfacer mi deseo.

Mirábale Nani con mucha atención mientras que la sonrisa invencible pugnaba por asomar á los labios.

—Me dais las gracias... Veo que fuisteis prudente sometiéndoos por completo á los pies de Su Santidad. Estaba seguro de ello y no esperaba menos de vuestra clara inteligencia, y me considero tanto más satisfecho con ese resultado, cuanto que veo con gusto que no me equivoqué acerca del juicio que formé de vos.

Se abandonó un poco y siguió diciendo:

—No he discutido nunca con vos, ¿para qué? puesto que los hechos estaban ahí para convenceros. Y ahora que retirasteis vuestro libro toda discusión sería aún más inútil... No obstante, reflexionad que si estaba en vuestra mano el volver la Iglesia á sus principios, á esa comunidad cristiana de la que trazasteis una pintura tan deliciosa, la Iglesia no podría hacer más que evolucionar de nuevo en la vía que Dios le trazó y por la que la condujo la vez primera, de manera que, al cabo del mismo número de siglos, se encontraría exactamente en donde está ahora. ¡No! ¡Dios hizo muy bien hecho lo que hizo y la Iglesia, tal cual es, debe gobernar el mundo tal y como se halla, y á ella sola es á quien corresponde saber cuando concluirá por establecer sólidamente su reino aquí bajo. Y he ahí el porque vuestro ataque al poder temporal, era una falta imperdonable, un crimen, porque desposeyendo al papado de sus dominios, le ponéis á merced de los pueblos... Vuestra religión nueva no es ni más ni menos que el derrumbamiento de toda religión, la anarquía moral, la libertad del cisma, en una palabra, la destrucción del edificio divino, de ese catolicismo secular, tan prodigioso en prudencia y solidez que bastó hasta aquí para la salvación de los hombres y que es el único que puede salvarlos mañana y siempre.

Pedro comprendió que se expresaba con sinceridad, que

era piadoso y de una fe inquebrantable, amando á la Iglesia como hijo reconocido, convencido además de que era la más hermosa, la sola organización social que podía hacer feliz á la humanidad. Y si quería gobernar el mundo era, sin duda, por la alegría dominadora de gobernarle, pero también por la certidumbre de que nadie gobernaría mejor que él.

—¡Oh! Indudablemente se puede discutir acerca de los medios, y si por mi parte los quiero afables, tan humanos como sea posible, toda conciliación con el siglo que parece que se nos escapa justamente, porque hay una mala inteligencia entre él y nosotros... Pero le traeremos á buen camino, estoy seguro de ello... Y he ahí, hijo mío, por lo que estoy tan satisfecho al veros volver á la cuna, pensando como nosotros y dispuesto á luchar á nuestro lado, ¿no es así?

El presbítero reconoció todos los argumentos del mismo León XIII, y queriendo evitar el responder de una manera directa, en adelante, sin cólera, pero experimentando el dolor de la llaga abierta aún de su ensueño arrancado, se inclinó de nuevo, conteniendo la voz para ocultar su amargo temblor.

—Os repito, monseñor, que estoy muy agradecido por haberme curado de mis vanas ilusiones, operándome con mano de habil cirujano. Mañana, cuando ya no sufra, os conservaré una gratitud eterna.

Monseñor Nani seguía mirándole sin dejar de sonreir, comprendiendo que aquel presbítero joven y entusiasta que permanecía apartado á un lado, era una fuerza viva perdida para la Iglesia; ¿qué iría á hacer el día siguiente? Alguna otra tontería, sin duda; pero el prelado debía considerarse satisfecho con haberle ayudado á reparar la primera, pues no podía prever el porvenir. Hizo un gesto muy expresivo como para decir que cada día bastaba para su trabajo.

—¿Me permitís concluir, hijo mío?—dijo al fin.—Sed prudente, vuestra felicidad de hombre y de sacerdote está en la humanidad. Y seréis terriblemente desgraciado si llegáis á emplear contra Dios la inteligencia admirable de que El os dotó.

Después, con otro gesto, apartó todo ese asunto terminado ya y del que no tenía para qué ocuparse más. Y el otro asunto volvió á ensombrecerle, el que se acababa también, pero tan trágicamente, con la muerte fulminante de aquellos dos jóvenes dormidos allí, en la sala inmediata.

—¡Ah!—añadió.—Esa pobre princesa y ese pobre cardenal ¡cómo me trastornan el corazón! Nunca la catástrofe hirió más cruelmente una casa. ¡No! ¡Esto es demasiado! La desgracia va muy lejos y el alma se rebela.

En el mismo momento, oyóse rumor de voces en la segunda antesala, y Pedro se quedó muy sorprendido al ver al cardenal Sanguinetti, al que acompañaba el abate Paparelli, redoblando su obsequiosidad.

—Si vuestra eminencia tiene la extremada bondad de acompañarme, voy á guiarle yo mismo.

—Bueno. Ayer llegué de Frascatti y en cuanto me enteré de la triste noticia, he querido venir á demostrar mi pesar y traer mis consuelos.

—Dígnese vuestra eminencia detenerse un momento al lado de los muertos y en seguida le acompañaré al despacho de su eminencia el cardenal Boccanera.

—Sí, eso es; deseo que sepa la parte inmensa que tomo en ese dolor y en el duelo que ha herido á esta ilustre casa.

Desapareció en la sala del trono, y Pedro se quedó asombrado ante tan tranquila audacia. No le acusaba, ciertamente de complicidad directa con Santobono, ni se atrevía á medir hasta donde llegaba la moral; pero al verle pasar de aquella manera, con la frente tan erguida, la palabra tan suelta, tuvo la convicción brusca, indudable, de que Sanguinetti lo sabía, ¿cómo? ¿por quién? Esto era lo que Pedro no podía decir. Sin duda, como se saben los crímenes, en esas profundidades tenebrosas, entre personas interesadas en saberlo. Y se quedó frío, helado ante la manera altanera como ese hombre se atrevía á presentarse para acallar las sospechas, tal vez para llevar á cabo un acto de buena política, quizás dando á su rival un público testimonio de admiración y de ternura.

—¡El cardenal aquí!—murmuró sin poderse contener.

Monseñor Nani, que seguía la sombra de los pensamientos de Pedro, en los ojos de infancia de éste, en los que todo se leía, afectó equivocarse acerca del sentido de esta exclamación.

—Sí, me habían dicho, en efecto, que había regresado á Roma anteayer por la noche. Creyó, sin duda, que no debía permanecer ausente más tiempo, una vez que el papa sigue mucho mejor y podía tener necesidad de él.

Por más que Nani dijo todo esto con aire de perfecta inocencia, Pedro no se engañó ni un solo instante. Y á su vez, habiendo mirado al prelado, se convenció de que éste también sabía. De pronto, el asunto se le presentó con toda su complicación terrible, con la ferocidad que le había dado el Destino. Nani, el antiguo familiar del palacio Boccanera, no era hombre desprovisto de corazón, y seguramente amaba á Benedetta con una pasión embelesada por tanta belleza y gracia. Se podía explicar así el sesgo victorioso que había hecho tomar al asunto de la anulación del casamiento; pero, á creer lo que decía *don* Vigilio, el divorcio obtenido á fuerza de dinero y bajo la presión de grandes influencias, era sencillamente un gran escándalo, al principio llevado por Nani con mucha calma, y precipitado más adelante hacia una solución ruidosa con el único objeto de desacreditar al cardenal y apartarle de la tiara en vísperas de un cónclave que todo el mundo creía inmediato.

Y, á parte de esto, parecía indudable que el cardenal, intransigente y sin diplomacia alguna, no podía ser el candidato de Nani, tan dúctil y tan deseoso de una inteligencia universal; de manera que toda la prolongada labor de este último en el palacio, no había podido ser, sin dejar de ayudar á la dicha de la querida *contessina*, más que la destrucción lenta y sin interrupción de la ardiente ambición de hermano y hermana, de ese tercer papa triunfal que su antigua familia debía dar á la Iglesia. Sólo que si siempre había querido eso mismo, si en un momento dado combatió por el cardenal Sanguinetti, poniendo con éste sus esperanzas, no se figuró jamás que llegaría hasta el crimen, á esa abominación imbécil de un veneno que se equivoca de dirección y hiere á los inocentes. No, no, aquello era demasiado y el alma se rebelaba. Se servía de armas más suaves, semejante brutalidad le re-

pugnaba, le indignaba, y su rostro, tan sonrosado y tan cuidado, conservaba aún la gravedad de su rebelión ante el cardenal lloroso y aquellos dos amantes muertos de tan triste manera.

Creyendo Pedro que Sanguinetti era el candidato secreto del prelado, quedóse como atormentado por la idea de saber hasta dónde llegaba la complicidad moral de este último, en tan execrable aventura y reanudó la conversación.

—Se dice que Su Santidad, está algo incomodado con su eminencia el cardenal Sanguinetti. Como parece natural, el papa reinante no debe ver con buenos ojos al papa futuro.

Monseñor Nani se echó á reir un momento, pero con mucha franqueza.

—Sí, el cardenal se incomodó é hizo las paces con el Vaticano. En todo caso, el Santo Padre no tiene para qué dar pruebas de celos póstumos y sabe que puede dispensar una buena acogida á su eminencia.

Manifestó después cierto pesar por haber expresado una certidumbre, y se contuvo.

—Bromeo, pues su eminencia es completamente digno de la elevada fortuna que sin duda le espera.

Pero Pedro ya sabía á qué atenerse; el cardenal Sanguinetti no era, indudablemente, el candidato de monseñor Nani, que, sin duda, le creía demasiado gastado con su impaciente ambición, sobradamente peligroso, por las alianzas equívocas que, arrastrado por su impaciencia, había pactado con todo el mundo, hasta con la joven Italia patriota. Y la situación se ponía en claro: el cardenal Sanguinetti y el cardenal Boccanera se devoraban, se suprimían el uno al otro; el uno, tramando sin cesar intrigas, no retrocediendo ante ningún compromiso, soñando conquistar á Roma por medio de las elecciones; el otro, inmóvil y erguido con su intransigencia, excomulgando al siglo y esperando sólo de Dios el milagro que debía salvar á la Iglesia. ¿Por qué no dejar á las dos teorías que así, frente á frente, se destruyesen y con ellas todo lo que encerraban de trastornador y de inquietante? Si Boccanera escapó al veneno, no por eso dejó de alcanzarle la trágica aventura, y en adelante era imposible como candidato,

muerto moralmente gracias á las historias que circulaban por Roma entera, y si Sanguinetti se creyó libre de su rival, no vió que se hería á sí mismo, que mataba igualmente su candidatura, abrasándola en medio de una pasión tal del poder que se mostraba tan poco escrupulosa en escoger los medios y que comprometía á todos. Monseñor Nani estaba visiblemente encantado; ni el uno ni el otro, la plaza libre, la historia legendaria de los dos lobos que habían reñido y comídose el uno al otro sin que quedase nada, ni aun las colas. Y en el fondo de sus ojos claros, en toda su discreta persona, no había más que un desconocido temible, el cardenal elegido definitivamente, patrocinado por el ejército todopoderoso del que era uno de los jefes más inteligentes. Un hombre como aquel, que jamás se descuidaba, tenía siempre su solución á punto. ¿Quién, pues, iba á ser el papa de mañana?

Se puso en pie, y se despidió, cordialmente, del presbítero.

—Dudo mucho, querido hijo, que vuelva á veros, y por lo mismo os deseo un buen viaje...

No se alejó, sin embargo, sino que siguió mirando á Pedro con su aire de viva penetración, y le hizo volverse á sentar ocupando él mismo un sillón á su lado.

—Con seguridad que en cuanto regreséis á Francia, iréis á saludar al cardenal Bergerot... pues bien, tened la bondad de hacerle presente mis respetos y recuerdos. Le conocí y le traté algo cuando hizo un viaje á Roma para venir á buscar el capelo... Es una de las más grandes lumbreras del clero francés. ¡Ah! Si un talento tan privilegiado quisiese trabajar para la buena inteligencia de nuestra santa Iglesia! Temo mucho que existan por desgracia preocupaciones de país y de raza, y que no siempre nos ayude.

Sorprendido al oirle hablar así por la primera vez y en la última entrevista, Pedro escuchóle con curiosidad. En vista de esto no se cortó y le respondió con entera franqueza:

—Sí, su eminencia tiene ideas muy determinadas, muy precisas, acerca de nuestra antigua Iglesia de Francia. Así es que profesa un verdadero horror á los jesuítas...

Con una ligera exclamación le interrumpió monseñor

Nani. Tenía un aire de sincero asombro y el más franco que se pueda ver.

—¡Cómo! ¿Horror á los jesuítas? ¿Y en qué le pueden inquietar los jesuítas? Ya nadie se ocupa de eso; la historia de los jesuítas es una cosa terminada. ¿Acaso los habéis visto los jesuítas en Roma? ¿Por ventura, os han estorbado en algo esos pobres jesuítas que ni siquiera poseen una piedra sobre la que poder apoyar la cabeza? ¡No! ¡No! ¡Que no se mencione en adelante ese espantajo, porque el hacerlo es cosa de niños!

Contemplóle, á su vez, Pedro, admirándole y maravillándole su facilidad, su tranquila audacia, tratándose de un asunto tan candente. No volvió siquiera los ojos, dejando que se viese su cara, abierta como un libro de verdad.

—¡Ah! Si por jesuítas entendéis esos presbíteros prudentes que en vez de entablar con las sociedades modernas luchas estériles, infecundas y peligrosas, procuran atraerlas humanamente á la Iglesia, entonces ¡Dios mío! todos somos más ó menos jesuítas, porque sería muy necio y muy loco hacer lo contrario no teniendo presente la época en que se vive. ¡Oh! No me paro yo en las palabras que me importan poco. ¡Jesuítas, sí, sí, queréis jesuítas!

Y se sonrió de nuevo, con su expresiva sonrisa tan ladina, tan irónica, y en la que se traslucía tanta burla como inteligencia.

—Pues bien, cuando veáis en Francia al cardenal Bergerot, decidle que es poco razonable y acertado perseguir á los jesuítas, tratándolos como á enemigos de la nación, cuando la verdad es que son todo lo contrario. Los jesuítas son partidarios de Francia, porque lo son de riqueza, de la fuerza y del valor. Francia es la única gran nación que queda en pie, soberana aun, la única en que el papado podría apoyarse un día sólidamente. Por eso el Padre Santo, después de haber pensado un momento en obtener el apoyo de la victoriosa Alemania, hizo la alianza con Francia, la vencida de la víspera, comprendiendo que fuera de ella no había salvación para la Iglesia. Y en eso no hizo más que seguir, obedecer la política de los jesuítas, de esos pobres jesuítas que vuestro París execra... Decid también al cardenal Bergerot, que sería un ejemplo muy

hermoso dado por él, el trabajar por la pacificación, haciendo comprender además, cuán mal obra vuestra República no ayudando más al Padre Santo en su obra de conciliación. Tratan al papado como á cantidad sin importancia, y eso es una falta imperdonable cometida por los gobernantes, porque si bien aparece despojado de toda acción política, posee en cambio una fuerza moral inmensa que puede, en un momento dado, sublevar las conciencias, producir agitaciones religiosas de incalculable alcance. Es siempre el papado quien dispone de los pueblos, porque él manda en las conciencias y dispone de las almas, y la República obra con una ligereza muy grande en perjuicio propio, aparentando desconocer todo esto... Y decidle también que inspira verdadera lástima el ver de qué miserable manera escoge esa República sus obispos, como si voluntariamente se propusiese debilitar su episcopado. Dejando á parte algunas honrosas excepciones, vuestros obispos no se distinguen por su talento y por consiguiente vuestros cardenales, que no son más que medianías, no tienen aquí ninguna influencia ni representan ningún papel. ¡Ah! ¡Cuando se verifique el cónclave, qué papel más desairado vais á hacer! ¿Por qué, desde luego, en vez de tratar con un rencor tan tonto y tan ciego á esos jesuítas que son vuestros amigos políticos, no procuráis emplear su celo inteligente, dispuesto siempre á serviros, para captaros las simpatías y conseguir la ayuda del papa de mañana? Eso os es preciso á vosotros por vosotros mismos; es necesario que él continúe en Francia, la obra de León XIII, esa obra tan mal juzgada y tan combatida, que se preocupa tan poco de los exiguos resultados de hoy para no pensar más en el trabajo del porvenir, en la unidad de todos los pueblos en el seno de la Santa Madre Iglesia... Decídselo, decídselo al cardenal Bergerot, que esté con nostros y que trabaje en favor de su país al hacerlo en obsequio nuestro. ¡El papa de mañana! Todo se encierra ahí; desgraciada Francia si ese papa futuro no es un continuador de la obra de León XIII.

Se puso en pie otra vez, y aquella para marcharse. Nunca se había espontaneado tanto y con tanta extensión; pero con seguridad que no había dicho más de lo que se proponía decir con un fin sólo conocido de él, con una

lentitud y una dulzura que encerraban mucha firmeza y en la que se revelaba que cada palabra estaba maduramente pensada y pesada.

—Adiós, hijo mío; y una vez más meditad en todo cuanto vísteis y oísteis en Roma; sed muy prudente y no echéis á perder vuestra vida.

Inclinóse Pedro y estrechó la mano bien cuidada y regordetilla que el prelado le tendió.

—Os doy gracias por todas vuestras bondades, monseñor, y podéis estar seguro de que no olvidaré ningún detalle de mi viaje.

Vióle cómo se alejaba, con su fina sotana y su paso ligero y conquistador, que creía iba á todas las victorias del porvenir. ¡No! ¡No olvidaría absolutamente nada de su viaje! Conocía esa unión de los pueblos en el seno de su Santa Madre la Iglesia, esa servidumbre temporal en la que la ley de Cristo se convertiría en la dictadura de Augusto, soberano del mundo. Y no dudaba de que los jesuítas amasen á Francia, á la hija mayor de la Iglesia, á la única que podía aún ayudar á su madre á reconquistar la realeza universal; pero la amaban como esos negros vuelos de langostas que quieren á las cosechas sobre las que se arrojan para devorarlas y destruirlas. De su corazón se apoderó infinita tristeza, teniendo conciencia de que en aquel vetusto palacio medio derruído, en aquel duelo y derrumbamento eran ellos, y nadie más que ellos los que debían ser los artesanos del dolor y del desastre.

Habiéndose vuelto precisamente en aquel momento, vió á *don* Vigilio al lado de la credencia, ante el gran retrato del cardenal y con el rostro oculto entre las manos, como si hubiese querido desaparecer para siempre y temblando con todo su cuerpo tanto de miedo como á consecuencia de la calentura. En el momento en que dejaron de presentarse visitas, sucumbió á una crisis de desesperación y de terror, y se abandonó por completo.

—¡Dios mío! ¿Qué os pasa?—preguntó Pedro, acercándose á él.—¿Estáis enfermo? ¿En qué puedo seros útil?

Pero *don* Vigilio se tapó los ojos, ahogándose y balbuceando por entre sus manos convulsamente apretadas. Y no dejó oir más que un ahogado grito de espanto.

—¡Ah! ¡Paparelli! ¡Paparelli!

—¡Cómo! ¿Qué os hizo?—preguntó asombrado Pedro.

Separó entonces el secretario las manos de su rostro, y cediendo á la necesidad, al estremecimiento de desahogarse con alguien, respondió:

—¡Cómo! ¿Qué es lo que me hizo? Entonces no oís nada... no veis nada. ¿No observasteis de qué manera se apoderó del cardenal Sanguinetti para acompañarle al cuarto de su eminencia? Imponer ese rival sospechoso, execrado, á su eminencia y precisamente en estos momentos, ¡qué audacia más insolente! ¿Y no os fijasteis pocos minutos antes en la maligna socarronería con que despidió á una anciana señora, á una antigua amiga, que no pedía más que besar la mano á su eminencia, dándole pruebas de un poco de ternura con que le habría consolado algo? Os digo que es aquí el amo, que abre y cierra la puerta á su antojo y que nos tiene entre sus manos lo mismo que el puñado de polvo que se arroja al viento.

Inquietóse Pedro al verle tan temblón y amarillento.

—Vamos, vamos, amigo mío, tal vez exageráis.

—¿Qué exagero? ¿Sabéis lo que sucedió esta noche y cuál ha sido la escena á que, á pesar mío, he asistido? ¿No? Pues bien, voy á decíroslo.

Contó que *donna* Serafina, cuando regresó la víspera precipitadamente para caer en medio de la tremenda catástrofe que le esperaba, volvía ya con el alma ulcerada y quebrantada por las malísimas noticias que le habían dado. Lo mismo en el Vaticano, en el despacho del cardenal secretario, que en casa de los prelados amigos suyos, adquirió la seguridad de que la situación de su hermano declinaba de día en día de una manera extraordinaria, y que se había creado en el Sacro Colegio enemigos cada vez más numerosos, hasta el extremo de que su elección para el solio pontificio, probable el año anterior, parecía haberse hecho en adelante imposible. De pronto el ensueño de toda su vida se desmoronaba, la ambición que durante tantos años alimentara, yacía hecha polvo á sus pies. ¿Cómo? ¿Por qué? Procuró saber cuáles podían ser las causas de esa desgracia, y supo con desesperación que eran toda clase de faltas, las rudezas del cardenal, manifestaciones inoportunas, personas á las que había lastimado con una palabra, con un acto, con una actitud, en fin,